



MARGIT FRENK

Cuatro ensayos  
sobre el *Quijote*



SECCIÓN DE OBRAS DE LENGUA Y ESTUDIOS LITERARIOS

---

CUATRO ENSAYOS SOBRE EL *QUIJOTE*

MARGIT FRENK

Cuatro ensayos  
sobre el *Quijote*

Primera edición, 2013

Primera edición electrónica, 2013

D. R. © 2013, Fondo de Cultura Económica  
Carretera Picacho-Ajusco, 227; 14738 México, D. F.  
Empresa certificada ISO 9001:2008



[www.fondodeculturaeconomica.com](http://www.fondodeculturaeconomica.com)

Comentarios:

[editorial@fondodeculturaeconomica.com](mailto:editorial@fondodeculturaeconomica.com)

Tel. (55) 5227-4672

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, sea cual fuere el medio. Todos los contenidos que se incluyen tales como características tipográficas y de diagramación, textos, gráficos, logotipos, iconos, imágenes, etc. son propiedad exclusiva del Fondo de Cultura Económica y están protegidos por las leyes mexicana e internacionales del copyright o derecho de autor.

**ISBN** 978-607-16-1558-9

Hecho en México - *Made in Mexico*

## Índice

Preámbulo

El prólogo de 1605 y sus malabarismos

El imprevisible narrador en el *Quijote*

Alonso Quijano no era su nombre

Don Quijote ¿muere cuerdo?

## Preámbulo

No ha mucho tiempo que un cervantista escribió lo siguiente: “Poco se puede decir de nuevo sobre *Don Quijote de la Mancha*”. Espero mostrar en este librito que mi amigo está equivocado, que la gran novela de Cervantes es un tesoro inagotable, en el cual podremos adentrarnos una y otra vez sin jamás descubrir todos sus misterios, todas sus maravillas; sin que dejemos de asombrarnos ante la genialidad de su creación ni perdamos nunca el placer que nos causa su lectura.

En una repetida lectura muy atenta, muy observadora — en un *close reading*—, se basan los cuatro ensayos que siguen. Aquí y allá asoman en ellos otros trabajos sobre el *Quijote*, pero su sustento es ese acercamiento personal, sin más limitaciones que las que sin duda tiene su autora. Son *ensayos*, no *estudios*.

El primero es inédito. En su redacción original estuvo destinado a un supuesto e inédito número cervantino de una revista mexicana.

El segundo, también inédito, fue una conferencia leída en la Facultad de Filosofía y Letras en noviembre de 2010.

El tercero sí se ha publicado, incluso dos veces, con el título de “¿Alonso Quijano?”, en mi libro *Del Siglo de Oro español* (México, El Colegio de México, 2007), y en el editado por María Stopen, *Horizontes culturales del “Quijote”* (México, UNAM, 2010).

El cuarto se leyó en el XVII Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas (AIH) (Roma, julio de 2010). Los cuatro ensayos han sido reelaborados para esta edición.

M.F.

## El prólogo de 1605 y sus malabarismos

EL *QUIJOTE* no comienza propiamente con la frase “En un lugar de la Mancha...”, sino con las palabras “Desocupado lector”, que preceden al prólogo. Se trata de un texto inquietante, que, bien leído, revela ya la enorme complejidad del arte desplegado por Cervantes en el *Quijote*.

Sin duda, ese “Desocupado lector” es una nueva versión del *Otiosus lector* de los clásicos. Pero ¿debemos contentarnos con esa explicación? ¿Sabemos lo que quiso decir Cervantes con esas palabritas? Conociéndolo, podemos asegurar que quiso decir varias cosas a la vez. Una de ellas pudo haber sido, más o menos, la siguiente: ya que tienes tiempo para leer mi libro, podrás adentrarte gozosamente en su lectura, leerlo con el mismo placer con el que yo lo fui escribiendo. Además, espero que te fijes en los mil intrínquilos de su escritura.

Cervantes, estoy segura, tenía en mente a un lector capaz de acompañarlo por los laberintos que iba trazando, de meterse en los escondrijos de su texto, escudriñarlos y tratar de desentrañar sus secretos. Sin perder tiempo, Cervantes pone a prueba la sagacidad de su lector desde el comienzo mismo del libro, en ese prólogo que no puede sino dejarlo estupefacto: tantas y tales son sus vueltas y revueltas, sus enredos y sus contradicciones.

En principio, todo parecería muy sencillo y muy claro, pero un lector suspicaz no tarda en caer en el desconcierto.



Las cosas son y no son al mismo tiempo; son esto, pero también lo contrario.

Para comenzar: ese prólogo ¿existe o no existe? Se diría que sí, puesto que lo estamos leyendo. Y por si hiciera falta, ya bien metidos en su lectura, encontramos que el texto nos dice: "Porque te sé decir que, aunque me costó algún trabajo componerla [la historia], ninguno tuvo por mayor que hacer esta *prefación que vas leyendo*" (p.10).[1] No hay duda, pues: el prólogo existe. Sin embargo...

Enseguida, bruscamente, nos topamos con esto: "Muchas veces tomé la pluma para escribille y muchas la dejé por no saber lo que escribiría". O sea, que el prólogo o no está terminado o, quizá, aún no está escrito siquiera. Y cuando entra el "Amigo" y, viendo tan pensativo al escritor, le pregunta el motivo, leemos lo siguiente: "Le dije que pensaba en el prólogo que *había de hacer* a la historia de don Quijote, y que me tenía de suerte que ni quería hacerle...", etc. (p. 11). Ese "había de hacer" implica que no lo ha hecho y, por añadidura, que no se siente obligado a hacerlo, como lo confirma enseguida.[2] Nosotros, entonces, estamos leyendo un prólogo inexistente. Seguimos leyendo y, tras muchos rodeos, nos encontramos con que el Amigo, con sus profusas y abrumadoras palabras, que para nada mencionan el prólogo, le proporciona, sin embargo, al autor el texto que no quería escribir: "de ellas mismas quise hacer este prólogo" (p. 18). Así, por fortuna, tenemos ya la dichosa prefación, aunque, si bien lo miramos, en buena lógica, todo lo que precede a las palabras del Amigo sigue sin existir.

Las complicaciones van mucho más allá. No sólo vemos tambalearse al prólogo, sino que la obra entera pasa ahí por avatares parecidos. Numerosas alusiones afirman su existencia: "Quisiera que este libro fuera el más hermoso, el más gallardo y más discreto que pudiera imaginarse"; "Puedes decir de la historia todo aquello que te pareciere" (p. 9), etc. La obra existe, pues. Sin embargo, en un despliegue de *captatio benevolentiae*, el autor confiesa al Amigo que su "leyenda" es "seca como un esparto, ajena de

invención, menguada de estilo, pobre de concetos y falta de toda erudición y doctrina" (p. 11), y que carece de muchas cosas, de esas que los escritores añaden a sus libros: sonetos laudatorios al principio, acotaciones en los márgenes, anotaciones al final, todo ello con abundante erudición. En vista de lo cual, según le dice al Amigo, el autor preferiría no "sacar a luz las hazañas de tan noble caballero" (p. 11).

Tenemos en las manos el libro, su autor nos lo ha encarecido, y ahora resulta que está pensando en no publicarlo. Pero hay más: "Yo determino que el señor don Quijote se quede sepultado en sus archivos en la Mancha" (p. 12). Un arranque de enojo consigo mismo lleva al autor a querer deshacerse de la "historia" que ha escrito, a darla por no existente. Que don Quijote se quede allá, enterrado entre los infinitos datos de los manuscritos.

El Amigo, después de darse una palmada en la frente y soltar la carcajada, se larga con una interminable ristra de consejos para resolver el problema, que, dice, no es tal. Sus palabras, aparentemente tranquilizadoras, crean en nosotros nuevos desconciertos. A ratos sugieren que el libro está por escribirse o bien que no está terminado. Le propone al escritor temas a tratar en su obra, temas como "libertad y cautiverio", "el poder de la muerte", "la amistad y amor... a los enemigos", etc. Y luego, con la fórmula *si tratáredes de...* sugiere otra multitud de temas que se podrían desarrollar en ese futuro libro (pp. 13-18).

¿Futuro? Resulta que el Amigo da muestras de haber leído ya el libro, o sea, que éste ya existe. Dice cosas como "la simple y sencilla historia vuestra" (p. 17), menciona a don Quijote como "luz y espejo de toda la caballería andante" (p. 13), palabras que no aparecen antes en el prólogo y que muestran el conocimiento directo que el Amigo tiene de la obra. Además, alega que, en realidad, "vuestro libro no tiene necesidad de ninguna cosa de aquella que vos decís que le falta, porque *todo él* es una invectiva contra los libros de caballerías..." (p. 17). El libro, entonces,

ya está escrito, de principio a fin —“todo él”—, y no hay por qué dar al autor consejo alguno.

Pero esto no obsta para que luego el Amigo se lance a dar consejos sobre cómo debería estar escrito ese libro, diciendo cosas como: “Procurad que a la llana, con palabras significantes, [...] salga vuestra oración y periodo sonoro y festivo. [...] Procurad también que, leyendo vuestra historia, el melancólico se mueva a risa, el risueño la acreciente” (p. 18), etc. En resumen: el libro aún no está escrito—sí está escrito—no está escrito.

Ese Amigo, además de contradecirse, es un pedante y un impertinente. Y es, claro está, un personaje ficticio, inventado por Cervantes para poder exponer su credo estético y para burlarse de libros contemporáneos, como los de Lope de Vega, con sus innumerables sonetos laudatorios y sus ambiciosas —y a veces falsas— erudiciones, y para poner en alto su propia creación.

Si el prólogo y la obra misma están en entredicho, ¿qué decir de la identidad de su autor? ¿A quién pertenece la voz que habla en el prólogo? ¿Es Cervantes? El lector, al abrir el libro, sabía que el “yo” que aparece allí desde el principio —“Sin juramento me podrás creer que quisiera...”— es el del señor cuyo nombre figura en la portada, Miguel de Cervantes Saavedra. Y en el transcurso del prólogo el lector cree, aquí y allá, oír claramente la voz de Miguel de Cervantes Saavedra. ¿No es él el que dice “se engendró en una cárcel” o “porque naturalmente soy poltrón y perezoso de andarme buscando autores que digan lo que yo me sé decir sin ellos” (p.13).

Sin embargo, ese Cervantes se ha encargado de que la voz que habla en el prólogo sea la suya y, a la vez, no lo sea. Al mencionar varias veces a don Quijote como si fuera un ser real, está ya con un pie metido en la por él inventada historia del caballero manchego y “ficcionalizándose” a sí mismo.

Es interesante ver cómo ocurre esto. La primera mención del protagonista es todavía anónima: “la historia de un hijo...”, frase sobre la que volveremos enseguida. Después

aparecen, esparcidas, tres menciones de "don Quijote", la última, con el añadido de "los archivos de la Mancha". Y tras la ya mencionada alusión del Amigo (con su "luz y espejo de la caballería andante"), por fin, encontramos todo este párrafo:

la historia del famoso don Quijote de la Mancha, de quien hay opinión, por todos los habitantes del distrito del campo de Montiel, que fue el más casto enamorado y el más valiente caballero que de muchos años a esta parte se vio en aquellos contornos [p. 18].

Aquí el lector confirma su impresión de que se trata de un personaje de carne y hueso, que gozó de gran fama. Esas palabras ya no son del escritor Cervantes como tal: anticipan la voz del narrador que entrará en funciones a partir de la frase "En un lugar de la Mancha..."

Pero, además, Cervantes ha introducido en su prólogo a un personaje ficticio, con el cual finge dialogar. Así, por vía doble, ese que creíamos ser "Cervantes" se nos convierte en un ente de ficción.

Pero aquí entra otra vez el arte cervantino de tejer y destejer un texto. Si el prólogo es, luego ya no es y finalmente sí es; si la obra existe y está publicada, luego corre el peligro de desaparecer y enseguida desaparece en el discurso del Amigo, para resucitar, y, finalmente, volver a desaparecer, así la voz que habla en el prólogo es la de Miguel de Cervantes, pero, sin mayores trámites, pasa al plano de la ficción. ¿Qué ocurre con ella después? Se diría que en el párrafo final Cervantes se nos presenta con esa doble y ambigua personalidad. Por un lado creemos oír su voz cuando, dirigiéndonos la palabra, nos entrega a sus dos maravillosos protagonistas, diciendo estas palabras:

Yo no quiero encarecerte el servicio que te hago en darte a conocer tan noble y tan honrado caballero; pero quiero que me agradezcas el conocimiento que tendrás del famoso Sancho Panza, su escudero, en quien, a mi parecer, te doy cifradas todas las gracias escuderiles que en la caterva de los libros vanos de caballerías están esparcidas. Y con esto Dios te dé salud y a mí no olvide. *Vale.*

Curiosas palabras. Por un lado, el escritor se despide del desocupado lector afirmando su fuerza creadora —yo, Cervantes, te doy—; por otro, finge que sólo “da a conocer” a dos personajes que existieron en realidad. Con todo, y pese a esa ambigüedad, parece imponerse, por su posición dentro del párrafo, el yo creador: en Sancho Panza, “te doy cifradas todas las gracias escuderiles...”[3] Del mismo modo, en el prólogo a la segunda parte, dirá: “te doy a don Quijote dilatado y finalmente muerto” (p. 621).

Y si Cervantes somete su propia identidad a esos malabarismos, no debe extrañarnos que haga lo mismo, aunque de otra manera, con la creación del protagonista. Como hemos visto, en bastantes pasajes alude a don Quijote como personaje que ha existido en la realidad. Ahora lo veremos hablar de él como creación suya, tan creación suya como el libro mismo. No es una casualidad que el título con que Cervantes denominaba su libro sea idéntico al de su protagonista.[4] Personaje y libro confluyen en una misma metáfora: la de la procreación. Ya en la primera frase nos habla la voz cervantina de “este libro, como hijo del entendimiento” (p. 9). Enseguida: “¿qué podía *engendrar* el estéril y mal cultivado ingenio mío, sino la *historia de un hijo seco, avellanado...*” (p. 9). Extraña frase. Esperaríamos: “la historia de un hombre, de un personaje” o algo semejante. Pero Cervantes se ha propuesto jugar con una doble paternidad. Aplica el verbo *engendrar* simultáneamente al libro (la *historia*) y a su protagonista; ambos son sus hijos: “*engendrar* la historia de *un hijo*”. Poco después dirá que esa historia de un hijo seco, avellanado, etc., “*se engendró en una cárcel*” (p. 9). Nuevamente, lo engendrado en la cárcel son tanto la invención del personaje como la del libro. Ambos son vistos por su autor a una luz poco favorable, que casi los des-autoriza. Lo confirma la anécdota del “padre de un hijo feo y sin gracia alguna”, padre que, por el amor que le tiene a su hijo, no ve “sus faltas”, “antes las juzga por discreciones y lindezas y las cuenta a sus amigos por agudezas y donaires” (pp. 9-10). Ese hijo feo ¿es don Quijote o es su historia? Sin duda son las dos cosas al mismo tiempo.

Enseguida leemos una frase que ha dado lugar a muchos debates: "Yo, que, aunque parezco padre, soy padrastro de don Quijote..." (p. 10). Dice Francisco Rico en su nota en la edición crítica que esas palabras se refieren al hecho de que, como finge Cervantes, la historia de don Quijote ya ha sido narrada por otros autores. En mi opinión, Cervantes lo dice *también* porque, a través de su narrador, suele no tratar nada bien a ese hijo suyo. Las dos lecturas no se contraponen, sino que se complementan.

Pero no paran aquí las ambigüedades: el autor se dirigirá al "lector carísimo" para advertirle que no va a suplicarle que perdone o disimule "las faltas que en este mi hijo vieres, que ni eres su pariente ni su amigo"; de modo que "puedes decir de la historia todo aquello que te pareciere" (p. 10). Aquí, la balanza se inclina primero hacia el hijo-personaje —"ni eres su pariente ni su amigo"— y luego hacia el hijo-libro: "la historia".

Es impresionante ver a cada paso hasta qué punto ese prólogo está trabajado y hasta qué punto logró Cervantes, una vez escrita la primera parte, imprimir a su prólogo la genialidad de la obra entera. Aunque engendrado en una cárcel, "donde toda incomodidad tiene su asiento y donde todo triste ruido hace su habitación", se diría que el *Quijote* fue escrito con la quietud de espíritu necesaria para que las musas "ofrezcan partos al mundo que le colmen de maravilla y de contento" (p. 9). Es un contento que se multiplica en el lector cuando logra acompañar a Cervantes por algunos de los laberintos que va trazando y penetrar en algunos de los recovecos de su escritura. Cuando comprende que en el *Quijote* nada es de manera definitiva, sino que todo está en movimiento, en una fluctuación constante, que da fe de que la realidad es inestable, cambiante, contradictoria, como lo somos los seres humanos. Por eso la ambigüedad consustancial de la obra, desde el "Desocupado lector" del primer prólogo hasta las últimas palabras de la segunda parte. Ambigüedad inquietante, sí, pero que nos está transmitiendo una idea liberadora: que no existe en este mundo una sola verdad.

---

[1] Todas las referencias en este libro se hacen a *Don Quijote de la Mancha*, en la edición crítica de Francisco Rico, 2 vols., Barcelona, Instituto Cervantes / Crítica, 1998. En el caso del prólogo se remite únicamente a la página, en el volumen 1. En todos los casos, las cursivas son mías.

[2] La preposición *de* en *había de* (cf. *he de*) connota obligatoriedad, como me explica Concepción Company Company, admirada por la ambigüedad que Cervantes crea al unir el "irreal" *había* con dicha preposición.

[3] Hilando más delgado, casi podríamos decir que, en ese último párrafo, Cervantes insinúa que don Quijote sí existió —"darte a conocer tan noble y tan honrado caballero"—, mientras que Sancho Panza fue creación suya. De lo que no cabe duda es de que el párrafo final privilegia a Sancho sobre don Quijote, al revés de lo que ocurre en el resto del prólogo y de lo que ha ocurrido siempre en los estudios cervantinos.

[4] Véase Francisco Rico, *El texto del "Quijote"*, Barcelona, Destino, 2005, excursos 4, "El título del Quijote": "El *nomen* que Cervantes le dio siempre fue, desde luego, '*Don Quijote*' " (p. 444). Cita Rico varios testimonios, como el prefacio de las *Novelas ejemplares* ("no me fue tan bien con el que puse en mi *Don Quijote*") y el *Viaje del Parnaso* ("yo he dado en *Don Quijote* pasatiempo"). Curiosamente, es ése el título que prevalece en otros idiomas, sobre el "de la Mancha", véase *ibid.*, pp. 441-442.